

peto y del aplauso lisonjeros, solo viven para el bien y para endulzar tormentos que no ignoran: ni dejan tras de sí, el rastro aterrador de sangre que marca las huellas del guerrero que el vulgo diviniza, ni el mar de lágrimas y de miserias que azota el pedestal del político egoísta é inhumano; sino el concierto armonioso de bendiciones y el llanto de reconocimiento con que la gratitud pública les sigue hasta el sepulcro.

Muy jóven saboreó el Sr. Erazo las distinciones, el aprecio y homenajes de una sociedad que sabe estimar y reconoce con instinto admirable á sus hombres superiores; muy jóven alcanzó el honor mas envidiable de cooperar á la fundacion de nuestra Escuela, de ese plantel magnífico que se ostenta como el florón de mas precio en la corona científica de nuestra patria; y desde entonces..... díganlo si nó cuantos me escuchan..... desde entonces, en medio de esa pléyade gloriosa á quien todo lo debemos, prodigando en favor nuestro los tesoros de su clara inteligencia á tanta costa acaudalados, jamás le vimos desmayar en la árdua y combatida empresa de levantar la Medicina en México al alto rango y esplendor en que hoy la victoreamos; y fué precisa una enfermedad horrible, aborto tal vez de nuestro siglo, para sellar los lábios que enseñaban la sabiduría y la prudencia, para derribar á ese atleta de la ciencia, para echar por tierra para siempre su carácter altivo y elevado.

Felices aquellos que siguiendo el mismo camino que el Sr. Erazo no olvidan en la prosperidad las horas primitivas de la tribulacion y desaliento, del abandono y amargo desengaño, ni se engrien con facultades que solo son prestadas desde lo alto; sino que al venir aquí, á rendir la jornada de la vida, únicamente cargados con la memoria de sus propios beneficios, pasan esos umbrales revestidos con la túnica blanca y sin mancha de los justos, ceñidos con la doble aureola del héroe en la adversidad y del benefactor sincero de sus semejantes, que hoy deposito en la tumba del Sr. Erazo.

MIGUEL F. JIMENEZ.

---

Discurso pronunciado por el profesor D. Manuel Peredo, á nombre de los Médicos,  
discípulos del Sr. Dr. D. Ignacio Erazo.

SEÑORES:

En esta mansion verdaderamente sagrada, al dintel de un abierto sepulcro, ante los despojos mortales de un hombre ilustre, apágase la voz humana, sofocada por otro acento mas poderoso y terrible, por la voz de la eternidad. La palabra de los vivos se difunde y se pierde en el espacio; concéntrase en el fondo de la conciencia, retumbando pavorosa y solemne, la palabra sin voz de los muertos. Breves instantes, pues, resonará la palabra mia.

El templo y el osario son los únicos lugares donde el alma se comunica en íntima confidencia con Dios. Allí se ora, aquí se medita; *oracion y meditacion*, son dos palabras que se condensan en una sola: *consuelo*.

Ahora que nuestras frentes se inclinan abatidas, ahora que el dolor estendió su negra nube sobre nuestros semblantes, ahora que los corazones se desatan en suspiros y los ojos en lágrimas, meditemos, es decir, consolémonos.

Silenciosos y conturbados frente á esa urna, un solo pensamiento nos domina:

¡Murió el Maestro!

¿Murió? ..... ¿y qué es morir? .....

Nace un hombre; foco de amor, desde su primera hora, derrama, sin saberlo, en torno suyo, sonrisas y consuelos, alegrías y felicidad: muchos corazones saltaron de gozo al recibir el alegre rayo de esa luz que se llama cariño, desprendida de aquel corazón inconsciente. Mas tarde, cuando ya su alma pudo difundirse en pensamientos, cuando despues sintió la necesidad de unirse en mas estrechos y numerosos vínculos con la humanidad, se derramó como un bálsamo para curar los dolores de sus hermanos. Enjugar lágrimas, aliviar desdichas, consolar desventuras: esa fué su tarea, esa es la tarea del hombre virtuoso. Buscar la verdad, propagar la luz, crear continuadores de su obra; ese fué su afán, el afán del ciudadano útil, del sabio ilustre. Ni el sol le hallaba ocioso, ni fatigado la noche: sus vigiliass eran fecundas en ilustracion y en beneficencia. Y cuando los años y el estudio cifieron su cabeza con la santa corona de plata de la ancianidad honrada, pudo contemplar gozoso la cosecha de su bendita labor: sus discípulos eran maestros. Dios habia retribuido su trabajo con la tranquilidad de la conciencia; los hombres, con el respeto, con el amor, con la veneracion. Un dia sus plantas ya no corrieron tras la miseria ajena; ya sus lábios no dieron paso á la palabra que enseña, ni sus ojos se alegraron á la vista de las prendas de su amor.

¡El Maestro habia muerto!

¡Esto es morir!

Tras sí dejó un vacío inmenso: en el hogar, en la cátedra, en las filas de la humanidad; llóranle, por eso, sin consuelo, el amor, la ciencia, la filantropía.

¡He aquí la implacable obra de la muerte! ¡señala su víctima, la hiere, y se termina todo.....!

¿Todo?

¡Ay, no! ¡felizmente no!

La tumba no es mansión, es vestíbulo. No se llega *hasta* aquí, se vá *desde* aquí. El que muere no *acaba*, comienza para no acabar jamás. No es el destino final del ser que piensa y siente, la descomposicion elemental de la planta y del bruto.

El negro y pavoroso fondo del sepulcro, no es el fondo horrible de una sima

en donde no hay mas que soledad y silencio, inmovilidad y tinieblas. Es el velo espeso y misterioso que cierra la entrada de la region infinita, en donde halla por fin el espíritu el ideal de su perpetua aspiracion: el amor sempiterno, la beatitud inefable, la luz sin crepúsculo. Impenetrable ese velo á la materia, preciso es abandonar el cuerpo para trasponer los temidos umbrales del mundo sin fin; por eso el hombre al morir deja su cadáver en la tierra, como deja sus grillos en la mazmorra el cautivo redimido. ¡Feliz el que muere! ¡feliz tú, maestro!

Tu espíritu inmortal, libre ya de todas las esclavitudes, purificado de todas las miserias, iluminado por el indeficiente resplandor de ese Sol Eterno que tiene por nombre DIOS, y que enciende todas las llamas, la llama de la caridad, la llama del saber, tu espíritu, maestro, engalanado con las joyas de tus buenas obras, está inundándose en el inmenso océano de la ciencia sin nubes, del amor sin límites. ¡Feliz tú, que al morir vives!

Pues si verdaderamente es esta la obra de la muerte, si tal es el efecto de su temida saeta, si abre al desterrado las puertas de la patria, si restituye al preso el aire de los campos y la luz del sol, ¿en dónde está ¡oh muerte! tu victoria?

Y sin embargo, venimos ahora al triunfo del espíritu emancipado, trayendo ciprés en vez de palmas, sollozos en vez de hosannas, ayes lastimeros en lugar de gloriosos cánticos. Es que nuestros ojos todavia no alcanzan á ver sino lo que hay mas acá de la tumba: aquel hogar, del que la virtud hizo un templo, huérfano hoy y desolado; aquella cátedra, en donde el saber tuvo un trono, sumida en luctuoso silencio; esa humanidad, lamentando con justicia la pérdida de un hombre virtuoso.

¡Llorémosle, sí! ¡y bien hacen en correr nuestras lágrimas!

.....  
¡Maestro! si llega á donde hoy moras la inmaculada nube de veneracion y de gratitud que de nuestros corazones se desprende para tí como de un pebetero, envianos en sus ondas, santas y nobles inspiraciones que nos hagan dignos de honrar en la tierra tu veneranda memoria.

¡Maestro, duerme en paz! ¡hasta el cielo, maestro!—

MANUEL PEREDO.

---

Discurso pronunciado por el profesor D. José Olvera, á nombre de la Asociacion Médica  
"Pedro Escobedo."

SEÑORES:

Mucho podria decir en elogio del hombre que ha concluido su mision en la tierra, con sentimiento de todos los que lo han conocido, cualquiera que tenga el don de la elocuencia; pero el que carece de él, escoge solo los episodios mas bellos